

I

Un realista.

Con la cabeza rapada y desnuda, bajo una menuda lluvia acerada de Diciembre, que asaeteaba como con puntas de aguja el paño pardo de sus hábitos, dos monjes con los cordones y la capucha redonda de la orden de San Francisco, bajaban á grandes pasos la pendiente de la calle de *Monsieur-le-prince*. En medio de las trasformaciones del barrio Latino, de las anchas zanjas, por las que se van, en polvo demoledor, la originalidad, los recuerdos del París viejo, la calle de *Monsieur-le-prince* conserva su fisonomía de calle escolar. Los puestos de librerías, las lecherías, las pastelerías, los ropa-vejeros, la compra y venta de oro y plata, alternan allí hasta la colina de Santa Genoveva, zancageándola los estudiantes á todas las horas del día, no ya estudiantes de Gavarni, con sus largos cabellos, escapándose de sus birretes de lana, sino futuros abogados, enfundados de piés á cabeza en sus *ulsters*, pulidos y enguantados, con enormes carpetas de tafílete bajo el brazo, y con trazas ya de taimados y frios agentes de negocios, ó bien médicos del porvenir un poco más sueltos de andares, guardando del lado material y humano de sus estudios una expansión de vida física como en revancha de su perpétua preocupación de la muerte.

A esta hora matinal, muchachas en peinador y en pantuflas, con los ojos hinchados por el insomnio, y los cabellos arrollados en una redecilla colgante, cruzaban la calle en busca de leche para su desayuno á las lecherías inmediatas, las unas riendo y galopando bajo la granizada, las otras, por el contrario, muy formales, balanceando su jarro de hoja de lata, arrastrando sus chanclas y sus atavíos estropeados con toda la majestuosa indiferencia de reinas de leyenda; y como á despecho de los *ulsters* y las carpetas de tafílete, los corazones de veinte años tienen siempre su edad, los estudiantes sonreían á las bellas: «¡Hola!... Lea.—Buenos días, Clemencia.» Llamábanse de una acera á otra, dándose citas para la noche. «En Médicis» ó bien «á Luis XIII,» y súbito, tras de un madrigal demasiado picante, cogido al pasar, una de esas indignaciones de muchachuela, que dejan estupefactos, estallaba en la fórmula invariable: «¡Siga usted su camino, so insolente!» Imaginad cómo debían de espeluznarse los dos hábitos monacales al contacto de toda aquella juventud, que se volvía y reía á su tránsito, más que se reía por lo bajo, porque uno de los franciscanos, arrugado, negro y seco como una algarroba tenía una terrible fisonomía de pirata bajo sus cejas enmarañadas, y su sayal, que, cerrado por los cordones en gruesos pliegues emborrados, le dibujaba las caderas y los muslos de atleta. Ni él ni su compañero parecían, despues de todo, ocuparse de la calle, cuya atmósfera sacudían á grandes pasos, con la mirada fija, absortos y únicamente atentos al objeto de su marcha. Antes de llegar á la ancha escalera que desciende hácia la Escuela de Medicina, el de más edad hizo un signo al otro:

—Aquí es.

Era un hotel amueblado, de mezquina apariencia, cuya entrada, precedida de una verja verde con campanilla, se abría entre un despacho de periódicos, rociado de folletos, de canciones á dos cuartos, de imágenes iluminadas, en que el grotesco castillo de Basilio se repetía en infinidad de actitudes, y una cer-

vecería en un sótano, teniendo en la muestra: «Cervecería de Rialto», sin duda porque el servicio estaba desempeñado por muchachos con tocados á la veneciana.

—¿Ha salido el señor Eliseo?—preguntó uno de los padres al pasar al primer piso por delante del despacho del hotel.

Una mujer gruesa, que debía de haber rodado por no pocas casas de huéspedes, antes de tener una por su cuenta, respondió perezosamente desde su silla y hasta sin consultar el manojó de llaves tristemente alineadas en el aro.

—¡Fuera á una hora como esta!... ¡Mejor hubieran ustedes preguntado si ha vuelto!

Después una rápida ojeada echada sobre los burdos hábitos, hízola cambiar de tono, indicándoles en medio de la más profunda turbación, la cámara de Eliseo Meraut.

—Número 36, quinto piso, en el fondo del corredor.

Los franciscanos subían, vagaban por entre estrechos corredores obstruidos de botas embarradas y de botinas de altos tacones, grises, rojas, caprichosas, lujosas ó miserables, y que hablaban mucho acerca de las costumbres de su dueño; pero ellos, sin mirarlas, las barrián al pasar con sus rudas enaguas y con la cruz de sus grandes rosarios, y apenas se conmovieron cuando una hermosa muchacha, vestida de corpiño rojo, con la garganta y los brazos desnudos en un pardesús de hombre, atravesó la meseta del tercer piso, y se inclinó sobre la baranda para pedir alguna cosa al criado, con la voz y la risa roidas en una boca singularmente acanallada. No obstante, ellos cambiaron una mirada significativa.

—Si este es el hombre que usted dice,—murmuró el corsario con un acento extraño,—se ha procurado para vivir un medio particular.

El otro, el más viejo, rostro inteligente y fino, tuvo una sonrisa afelpada de malicia y de indulgencias sacerdotales.

—¡San Pablo entre los gentiles!—balbuceó.

Cuando llegaron al quinto piso, los monjes tuvieron aún un

momento de embarazo á causa de que la bóveda de la escalera, bastante baja y sombría, apenas dejaba distinguir los números y si algunas puertas ornadas con rótulos como estos: «Señorita Alicia» sin otra señal de profesion, señal por otra parte bien inútil, porque habia muchas concurrentes del mismo oficio en la casa; y hé aquí á los buenos padres dirigiéndose á llamar á una de ellas al acaso.

—Es necesario llamarle, ¡qué demonio!—dijo el monje de las negras cejas, haciendo resonar el hotel con un «¡Señor Meraut!» militarmente acentuado.

No ménos vigorosa, no ménos vibrante que su llamamiento, fué la respuesta que salió de un cuarto, allá en el fondo del corredor, y cuando abrieron la puerta, la voz continuó alegremente:

—¿Es usted, padre Melchor? No es broma... creí que me traían una carta certificada... Pero es lo mismo; entren, mis reverendos, y sean los bienvenidos... se sentarán si es que pueden.

Habia, en efecto, sobre todos los muebles trozos de libros, de periódicos, de revistas, vistiendo y ocultando el sórdido ajuste de un hospedaje de orden décimo octavo, con el suelo raído, el diván reventado, con su eterno escritorio-imperio, y las tres sillas de terciopelo ya mústio. Sobre el lecho, papeles de imprenta, confundidos con los vestidos y la delgada colcha oscura, paquetes de pruebas que el dueño del hotel, aún acostado, acuchillaba con grandes rasgos de lápiz de color. Este interior miserable de trabajo, la chimenea sin fuego, y la desnudez polvorienta de las paredes, estaban iluminados por la luz que dejaban pasar los tejados vecinos, y el reflejo de un cielo lluvioso sobre las pizarras mojadas; y la gran frente de Meraut, su faz biliosa y potente, recibían aquella luz con ese brillo inteligente y triste que distingue á ciertas caras no halladas en París.

—¡Siempre en mi chiribitil, ya ve usted, padre Melchor!... ¿Qué quiere usted? Yo me instalé aquí á mi llegada, há diez y ocho años... después, no me he movido... ¡Hay tantos sueños,

tantas esperanzas enterradas en todos estos rincones!... ¡Encuentro tantas ideas bajo este vetusto polvo!... Estoy seguro que si dejara este pobre cuarto, abandonaria lo mejor de mí mismo... ¡Es tan cierto que le hubiera yo conservado al partir para allá!...

—Puesto que tocamos este punto... ¿Vuestro viaje?... —dijo el padre Melchor guiñando levemente á su compañero... —Se os creia partido para mucho tiempo... ¿Qué ha sucedido? ¿No os ha convenido el empleo?

—¡Oh! no hablemos del empleo,—respondió Meraut sacudiendo su cabellera,—no se podria encontrar otro más bueno... Sueldo de ministro plenipotenciario, alojado en un palacio, caballos, carruajes, criados... Todo el mundo encantado de mí, el emperador, la emperatriz, los archiduques... A pesar de todo, yo me fastidiaba.

Faltábame París, mi barrio sobre todo, el aire que en él se respira, ligero, vibrante y nuevo... Las galerías del Odeon, el libro francés, hojeado de pié con dos dedos, ó bien la caza de libracos, de esos libracos amontonados en los bordes de los pretiles, como una muralla que abrigase al París estudioso contra la futilidad y el egoismo del otro... Y luégo, porque no se reduce todo á esto sólo,—aquí su voz se volvió más seria,—ya conoceis mis ideas, padre Melchor. Usted sabe lo que yo ambicionaba aceptando esta plaza de subalterno... Quería hacer un rey de ese hombrezuelo, un rey verdaderamente rey, como no se ve ya; educarle, endurecerle, tallarle para ese gran papel que los abruma, que los aplasta á todos, á semejanza de esas armaduras de la Edad Media que quedan en las antiguas armerías, para humillar nuestras espaldas y nuestros pechos raquíticos...

Pues bien... hé aquí lo que encontré, muchos liberales reformadores, hombres de progreso y de ideas nuevas en la córte de X... Terribles burgueses, que no comprenden que si la monarquía está condenada, vale más que muera combatiendo, arrollada en su bandera, que no que concluya en su sillón de

ga-ga, arrojado por algun Parlamento... Mi primera leccion levantó un clamor en palacio... ¿De dónde sale esto? ¿Qué quiere de nosotros este bárbaro? Entonces se me rogó con toda suerte de mimos atenerme á simples lecciones de pedagogia... ¡Qué, un simple peon! Cuando yo ví esto, tomé mi sombrero y dí las buenas noches á Sus Magestades!...

Hablaba con una voz fuerte y llena, cuyo acento meridional hería todas las cuerdas metálicas, á medida que se trasfiguraba su fisonomía. Su cabeza, de una inmovilidad tan grande que molestaba á la vista, de frente abultada, por cima de la que se retorcia en un invencible desórden una cabellera negra crestada por una ancha espiga blanca, de nariz gorda y chata, de boca violenta, sin un pelo de barba para ocultarla, porque su cútis tenia los ardores, las grietas, las arideces de un suelo volcánico, su cabeza se animaba maravillosamente con la pasion.

Figuráos el rasgamiento de un velo, la cortina negra de un hogar que se levanta sobre la llama alegre y ardorosa, el desplegamiento de una elocuencia adherida á los ángulos de los ojos, de la nariz y de los lábios, desparramada con la sangre que sube del corazon á esta faz empañada por todos los excesos y por las vigiliás. Los paisajes del Languedoc, del país natal de Meraut, pelados, estériles, de un gris de olivo polvoriento, tienen, bajo los ocasos irisados de su sol implacable, de aquellas espléndidas llamaradas atravesadas de sombras fantásticas que simulan la descomposicion de un rayo de luz, la muerte lenta y graduada de un arco iris.

—Entonces, veos aquí disgustado de las grandezas,—repuso el viejo monje, cuya voz insinuante, sin resonancia, formaba tan gran contraste con aquella explosion de elocuencia.

—¡Ciertamente!—respondió el otro con energía.

—Con todo, todos los reyes no se parecen... Yo conozco al que vuestros pensamientos...

—No, no, padre Melcher... Ya es asunto terminado... No quisiera probar fortuna por segunda vez... Viendo á los so-

beranos de cerca, tengo miedo de perder mi afecto al trono.

Después de un silencio, el maligno sacerdote dió un cambio y llevó su pensamiento hácia otra parte.

—Este alejamiento de seis meses ha debido de extraviaros, Meraut.

—Tal vez... pero, no mucho. En primer lugar, Sauvadon, tío, me ha sido fiel... ya sabe usted; Sauvadon, mi ricacho de Berey... Como encuentra mucha gente en casa de su sobrina la princesa de Rosen, y le gusta poder ingerirse en las conversaciones, me ha encargado á mí darle tres veces á la semana lo que él llama ideas acerca de las cosas. Encanta por su sencillez y su ingenuidad este buen hombre.—Señor Meraut, ¿qué conviene pensar sobre este libro?—Que es execrable. Sin embargo, á mí me parecía... Oí decir la otra noche en casa de la princesa...—Si usted tiene ya una opinion, mi presencia aquí es inútil...—Pero, no, no, querido amigo mio... usted sabe bien que yo no tengo jamás opinion.» El hecho es que le falta en absoluto y que acepta con los ojos cerrados todo lo que yo le doy.

Yo soy su materia pensante... Desde que yo parto para algun lugar, deja de hablar, por falta de ideas... Y en cuanto vuelvo, se arroja sobre mí... ¡es menester verlo! Tengo aún dos valaquios á los cuales doy lecciones de derecho político... Además, siempre con algun asunto en cartera... Así, ahora estoy terminando un *Memorial del sitio de Ragusa*, según documentos auténticos... No hay mucho escrito por mí en el texto... excepto un capítulo final del que me hallo bastante satisfecho... Ya tengo aquí las pruebas. ¿Quiere usted que se las lea?... Le he puesto por título la *Europa sin reyes*.

Mientras que leía su factum realista, animándose y conmoviéndose hasta las lágrimas, el despertar del hotel llenaba todo su alrededor de risas juveniles, de alegres ecos mezclados al choque de platos y de vasos, y de notas coreadas, sonando á tabla, de un viejo piano que tocaba un aire dejaleo. Sorprendente contraste que los franciscanos apenas percibieron, embebidos en

la alegría de estar oyendo aquella potente y brutal apología del trono; el mayor, sobre todo, temblaba, pateaba, reteniendo exclamaciones de entusiasmo con un gesto enérgico al que se apretaba los brazos sobre el pecho hasta quebrantárselo. Terminada la lectura, se levantó, marchó á grandes pasos, y desbordando en gestos y en palabras, dijo:

—¡Sí! Está muy bien... hé aquí la verdad... el derecho divino, legítimo, absoluto.—Él pronunciaba *lezítimo, adzóluto*...— ¡No más Parlamentos!... ¡No más abogados!... ¡Al fuego toda esa pandilla!

Y su mirada chispeaba, llameaba como un auto de fe de la Santa Hermandad. Más tranquilo, el padre Melchor, felicitaba á Meraut por su libro.

—Espero que firmará usted esto.

—No más que los otros... usted sabe bien, padre Melchor, que yo no tengo ambicion más que por mis ideas... Me pagarán el libro. Sauvadon, tío, es quien me ha proporcionado este provecho inesperado; yo le hubiera escrito gratis con el mismo gusto... ¡Es tan hermoso anotar los anales de este reinado en la agonía, escuchar el soplo cada vez más ténue de este viejo mundo que se abate, y morir con las monarquías extintas!... Al ménos, hé aquí un rey caído que les ha dado una valerosa lección á todos... Un héroe es el tal Christian.. Hay en estas notas diarias la relacion de un paseo efectuado por él bajo las bombas en el fuerte *Saint Ange*... Eso es tener talento.

Uno de los padres bajó la cabeza. Mejor que nadie sabia á qué atenerse sobre esta manifestacion heróica, y esta mentira más heróica aún... Pero, una voluntad, superior á la suya, le aconsejaba tener discrecion. Se limitó á hacer un signo á su compañero, quien dijo súbitamente á Meraut, levantándose:

—¡Ahora bien! Para el hijo de ese héroe, es para quien yo vengo á buscaros... con el padre Alfeo, limosnero de la corte de Iliria... ¿Quereis encargaros de la educacion del infante real?

—No encontraré, ciertamente, con nosotros,—prosiguió el

padre Alfeo con melancolía,—ni palacios, ni grandes carrozas, ni las generosidades imperiales de la corte de X.... Servirá á príncipes caídos, en torno de los cuales, un destierro de más de un año, y que amenaza prolongarse más todavía, ha derramado el duelo y la soledad... Vuestras ideas son las nuestras... El rey, aunque tuvo sus veleidades liberalescas, ha reconocido la nada de ellas, después de su caída. La reina... la reina es sublime... ya la vereis.

—¿Cuándo?—preguntó el iluminado, súbitamente acometido por su quimera de hacer un rey de su génio, como un escritor hace su obra.

Y en el instante mismo se convino en una próxima entrevista.

Cuando Eliseo Meraut pensaba en su infancia,—y en ella pensaba á menudo, porque todas las impresiones fuertes de su vida estaban allí,—h é aquí ordinariamente lo que veía: una gran habitacion con sus ventanas, inundadas de luz y rellenas cada una por un telar Jacquart para tejer la seda, mostrando como una cortinilla lijera sus altos montantes, sus mallas entrecruzadas, sobre la luz y la perspectiva del exterior, una confusion de tejados, de casas en escalinata, todas las ventanas igualmente provistas de telares, donde trabajaban sentados dos hombres en mangas de camisa, alternando sus miradas sobre la trama, como un pianista delante de una pieza á cuatro manos. Entre estas casas, pequeños jardinos encallejonados, escalaban la costa, huertecillos del Mediodía, tostados y pálidos, áridos y privados de aire, llenos de matas, de *congourdiens* trepadores, y que anchos girasoles, abiertos al Poniente, con la actitud inclinada de corolas buscando el sol, henchian del olor insípido de sus granos maduros, olor, que después de treinta años, Eliseo creía percibir aún, cuando pensaba en su aldea. Lo que dominaba esta vista del barrio de los trabajadores, zumbador y cercado como una colmena, era el cerrillo pedregoso sobre el que se había edificado, y algunos viejos molinos de viento abandonados; anti-

guos abastecedores de la poblacion, que se conservaban aún por sus largos servicios, levantando en alto el esqueleto de sus alas como gigantescas antenas rotas, y dejando desprenderse y huir sus piedras al viento, al sol y á la áspera polvareda del Mediodía.

Bajo la proteccion de estos molinos patriarcales, se habian guardado allí las costumbres y las tradiciones de otros tiempos. Todo el *burgo*, llamado tambien este rincon de la poblacion el *cercado de Rey*, era, y lo es aún, ardientemente realista, y en cada taller se encontraba suspendido sobre la pared, orondo, colorado y rubio, con los largos cabellos rizados y con lustrosos brillos sobre los bucles, el retrato—á la moda de 1840—de aquel que los burgueses llamaban, familiarmente entre ellos, *lou Goi* (el cojo). En casa del padre de Eliseo, por bajo de este cuadro, habia otro más pequeño, en que se destacaba sobre el azul de una hoja de papel con letras, un gran sello de cera roja con estas dos palabras: «*Fides Spes*,» en exergo alrededor de una cruz de San Andrés. Desde su silla, al dejar ir su lanzadera, el maestro Meraut veía el retrato y leía la divisa *fé... esperanza*. Y su ancha cara de líneas esculturales, vieja medalla acuñada bajo Antonino, que tenia al mismo tiempo la nariz aguileña y los contornos redondos de aquellos Borbones á quienes él amaba tanto, se inflaba y se enrojecia ante emocion tan fuerte.

El maestro Meraut era un hombre terrible, violento y despota, á quien la costumbre de dominar el ruido de los batanes y de la maza habia impreso en su voz estallidos y fragores de tempestad. Su mujer, por el contrario, oscura y tímida, imbuida en esas tradiciones de sumision que hacen de los meridionales de la antigua montaña los verdaderos esclavos de Oriente, habia tomado el partido de no pronunciar jamás palabra alguna. En el interior de este hogar fué donde creció Eliseo, educado ménos duramente que sus dos hermanos, porque él era el último, el menor de los hijos. En lugar de ponerle desde los ocho años á la lanzadera, se le concedió una poca de esa buena libertad tan ne-

cesaria á la infancia, libertad que empleaba en correr por los cercados todo el día y en batallar en el cerrillo de los molinos de viento, blancos contra rojos, católicos contra hugonotes. ¡Aun se conservan estos ódios, en esta parte del Languedoc! Los muchachos se dividían en dos campos y escogía cada cual un molino cuyas piedras en demolicion les servían de proyectiles; entonces las invectivas se cruzaban, silbaban las hondas, y durante algunas horas librábanse asaltos homéricos, terminados siempre por alguna sangrienta descalabradura sobre una frente de diez años, ó en el promontorio de una sedosa cabellera, heridas de la infancia que marcan para toda la vida sobre la aún tierna epidermis, y que mostraba Eliseo, ya hombre completo, en sus sienas y en el ángulo de sus labios.

¡Oh! ¡Cómo maldecía su madre estos molinos de viento cuando su pequeñuelo volvía al ponerse el sol, lleno de sangre y de girones! Reñale su padre por fórmula, por costumbre, por no dejar que enmoheciera su voz de trueno; pero, en la mesa, se hacía referir las peripecias de la batalla y los nombres de los combatientes.

—¡Tholozan!... ¡Tholozan!... ¡Todavía hay uno de esta raza!... ¡Ah! el gran tuno... Yo tuve á su padre ante la boca de mi fusil en 1815; mejor hubiera hecho con tumbarle.

Y entonces una larga historia es contada en el dialecto *languedociano*, lleno de imágenes y salvaje, y que no hace merced ni de una frase ni de una sílaba, del tiempo en que fué á alistarse bajo las banderas del duque de Angulema, un gran general, un santo...

Estas relaciones oídas cien veces, pero variadas por la verbosidad paternal, se estampaban en el alma de Eliseo tan profundamente como las pedradas de los molinos sobre su rostro. Vivía en una leyenda realista, en la que los 21 de Enero, día de San Enrique, eran las fechas conmemorativas, para la veneración de príncipes mártires, bendiciendo la multitud con sus manos episcopales, de princesas intrépidas montando á caballo por la

buena causa, perseguidos, vendidos, sorprendidos bajo la negra oampana de una chimenea en algun antiguo hotel breton. Y para regocijar lo que esta série de duelos y de destierros hubiera terido de demasiado triste para una cabeza de niño, la historia de la Gallina en la olla y la canción del *Verde-Galan*, venían á mezclarse en ella con los recuerdos gloriosos y todo el aparato de la vieja Francia. Este canción del *Verde-Galan* era la *Marsellesa* del cercado de Rey.

Cuando el domingo, despues de vísperas, se colocaba la mesa con gran trabajo en la pendiente del jardinillo, y los Merant comían *al buen aire libre*, como se dice allá, en la atmósfera sofocante que sigue al día de verano, en que el calor reconcentrado en el suelo y en las encaladas paredes, se desprende más fuerte, más insalubre que de la hoguera misma del sol en su zénit, cuando el viejo burgués entonaba con una voz famosa entre sus vecinos: «¡Viva Enrique IV, viva este rey valiente!» todo se callaba alrededor, en el cercado. Sólo se oía el crujido seco de las cañas del emparrado al hendirse bajo el calor, los élitros estridentes de alguna cigarra morosa, y el antiguo cántico realista desplegándose majestuosamente sobre su compás de pavana, acompañado de rápidos ruidos de zapatos bufantes y de enaguas ahuecadas. El estribillo se cantaba en coro: «*A la salud de nuestro rey,—es un Enrique de buen quilate,—que protegerá á tí, y á mí.*» Este «*á tí, á mí*» *hythmado* y fugado, divertía mucho á Eliseo y á sus hermanos, que lo cantaban empujándose, balanceándose, lo cual les valía siempre una reprimenda de su padre; pero la canción no se interrumpía por tan poco y se continuaba en medio de los porrazos, de las risas, de los sollozos como un himno de endemoniados sobre la tumba del diácono París.

Unido siempre á las fiestas de familia, este nombre de rey, tomaba para Eliseo, además del prestigio que aún conserva en los cuentos de hadas y en «la historia relatada á los niños,» algo de íntimo y de familiar. Lo que más aumentaba este sentimiento

eran las cartas misteriosas sobre *papel-pelure* que llegaban de Frohsdorf dos ó tres veces por año, para todos los habitantes del cercado, autógrafos de una fina letra de gruesos dedos, en que el rey hablaba á su pueblo para acostumbrarle á tener paciencia...

Estos dias, el maestro Meraut arrojaba su lanzadera más gravemente que de ordinario, y cuando llegaba la noche, despues de cerradas las puertas, empezaba la lectura de la circular, siempre con la misma proclamacion dulzona de palabras vagas como la esperanza: «Franceses, nos engañan y os engañan...» Y siempre el sello inmutable FIDES, SPES. ¡Ah, pobres gentes! no era la fe ni la esperanza lo que les faltaba.

—Cuando venga el rey,—decia el maestro Meraut,—compraré un buen sillón... Cuando el rey venga cambiaremos el papel del cuarto.

Más tarde, despues de su viaje á Frohsdorf, la fórmula fué trocada.

—Cuando tuve el honor de ver al rey,—decia con cualquier pretexto.

El buen hombre habia cumplido en efecto su peregrinacion, verdadero sacrificio de tiempo y de dinero para estos trabajadores del burgo, y nunca Hadjí, volviendo de la Meca, trajo una fascinacion semejante. La entrevista fué, sin embargo, bien corta. A los fieles introducidos á su presencia, el pretendiente habia dicho: «¡Ah, vosotros aquí!...» Nadie podia encontrar respuesta á esta afable acogida, y Meraut, aún ménos que los otros, sofocado como estaba por la emocion, y con los ojos de tal manera anublados de lágrimas que no pudo ver las facciones augustas del ídolo. Solamente, al retirarse, el duque de Athis, secretario de órdenes, le habia interrogado acerca del estado de los ánimos en Francia, y fácil será figurarse lo que debió responder el exaltado tejedor que no habia salido jamás de su cercado de Rey.

—Pero, ¡qué! ¿viene ese tunantuelo afortunado? ¡Y pronto

que vendrá nuestro Enrique!... ¡todos nos perecemos tanto por verle ya!...

Además de esto, el duque de Athis, encantado de sus informes, despues de agradecerseles mucho, le preguntó brusca-mente:

—¿Tiene usted hijos, maestro Meraut?

—Tengo tres, señor duque.

—¿Muchachos?

—Sí, tres hijos,—repetia el burgués (porque en el pueblo de allá, las muchachas no se cuentan por hijos).

—Bien... Tomaré buena nota... Mi señor se acordará de ellos cuando llegue su dia.

Entonces el duque sacó su mamotreto y *cra... cra...* Este *cra... cra*, con el cual aquel buen hombre expresaba el gesto del protector al escribir el nombre de los tres hijos Meraut, formaba invariablemente parte de la relacion coleccionada en estos anales de familia, enternecedores por la inmutabilidad de sus menores detalles. Despues, en la época del descanso, cuando la pobre madre vió con terror envejecer á su marido, y agotarse los pequeños ahorros de la casa, este *cra... cra*, respondió á sus inquietudes tímidamente expresadas por el porvenir de sus hijos.

—¡Vaya! puedes estar tranquila... el duque de Athis ha tomado buena nota.

Y trocádose súbitamente en ambicioso para sus hijos, el viejo tejedor, que veia á los mayores ya partidos y encajonados en la estrecha ruta paternal, llevó sobre Eliseo todas sus esperanzas y sus deseos de grandeza. Enviéronle al instituto-Papel, montado por uno de esos refugiados españoles de que se llenaron las ciudades del Mediodía, despues de la capitulacion de Maroto. Estaba en el fondo del barrio de las Carnicerías, en una casa desmantelada, herrumbrosa, á la sombra de la catedral, como lo atestiguaban sus pequeñas vidrieras verdosas, y las hendiduras salitrosas de sus muros. Para llegar allí, seguíase la fila de tiendas erizadas de verjas y de puntas de lanza, de donde pendian

enormes cuartos de carne, rodeados de un zumbido de insectos malsano, una randa de calles estrechas, cuyos pavimentos estaban siempre pegajosos y ensangrentados por la huella de algunos restos de animales.

Pensando en esto, más tarde, parecía á Eliseo haber pasado su infancia en plena Edad Media, bajo la férula y las disciplinas de un terrible fanático, cuyo latín de terminaciones en *us* alternaba en su clase sórdida y negra con las bendiciones ó las iras de las campanas vecinas, cayendo sobre el travesero de la vetusta iglesia sobre sus hiladas, sus follajes de piedra, y las estrámboticas cabezas de sus gárgolas.

Este pequeño Papel, de cara enorme y oleosa, sombreada de un grasiento birrete blanco hundido hasta los ojos para ocultar una gruesa vena azul é hinchada que le dividía la frente desde las cejas hasta el nacimiento de los cabellos, se asemejaba á un menino de los cuadros de Velazquez, sin las brillantes túnicas ni severa patina del tiempo. Brutal, por esto, y cruel, pero guardando bajo su ancho cráneo un prodigioso almacenamiento de ideas, una enciclopedia viva y luminosa, cerrada, diríase, por un realismo testarudo, como barra atravesada por medio de la frente, y que representaba á maravilla aquella hinchazon anormal de la extraña vena.

Corría en la ciudad el rumor de que este nombre de Papel ocultaba otro más famoso, el de un cabecilla de D. Carlos, célebre por su feroz manera de hacer la guerra y de variar la muerte. Cerca de la frontera española, su bochornosa gloria le obligaba, le forzaba á vivir anónimo. ¿Qué había de verdad en esta historia? Durante los numerosos años que pasó al lado de su maestro Eliseo, por más que fuese el discípulo predilecto de Papel, no oyó jamás al terrible enano pronunciar una palabra, ni le vió jamás recibir una visita ó carta alguna que pudiese confirmar sus sospechas. Únicamente, cuando el muchacho fué hombre, y que terminados sus estudios, encontrando demasiado estrecho el cercado de Rey para sus laureles, sus diplomas y las

ambiciones paternas, tratóse de enviarle á París, Papel le dió muchas cartas de introduccion para los jefes del partido legitimista, severos cartapacios sellados con escudos misteriosos que parecían dar razon á la leyenda del cabecilla enmascarado.

El maestro Meraut habia dispuesto este viaje, porque empezaba á encontrar demasiado tardía la vuelta de su rey. Para sufragar estos gastos, que le costaban un ojo de la cara vendió su reloj de oro y el llavero de plata de su mujer, y la viña que todo burgués posee, y todo por pura heroicidad, por el bien del partido.

—Márchate á ver lo que hacen,—dijo á su hijo menor,—y qué es lo que esperan... ¡Al fin de los fines, ya se cansa el pueblo!...

A los veinte años llegó Eliseo Meraut á París, pujante en convicciones exaltadas en que el ciego sacrificio de su padre se fortificaba con el fanatismo armado del español. Fué acogido en el partido como un viajero que llega en la mitad del camino, por la noche, á un wagon de primera clase, en que cada cual tiene su rinconcito para dormir. El intruso viene de fuera, con la sangre activa por el aire vivo y la marcha, con un deseo comunicativo de agitarse, de hablar, de prolongar el insomnio del viaje; esquivá el mal humor enfurruñado y soñoliento de los viajeros apelotonados en sus abrigo, mecidos por el movimiento del tren, con la cortinilla azul corrida sobre la lámpara, y para los que la pesada humedad es ménos temible que los vientos colados y las invasiones desordenadoras. Este era el aspecto del clan legitimista, bajo el imperio, en su wagon destruncado sobre una vía abandonada.

Este furibundo, de ojos negros, con su cabeza de leon magro, cortando cada sílaba como un sacabocados, cada período con sus ademanes, reuniendo en sí, pronto á todo, el verbo de un *Suleau* y la audacia de un *Cadoubal*, causó en el partido una admiracion mezclada de terror. Hallósele peligroso, inquietante. Bajo la excesiva cortesanía y las muestras de interés facticio de

la buena educacion, Eliseo, con esa lucidez que guarda al meridional francés en el fondo de sus arrebatos, comprendió pronto lo que habia de egoista, de humillante entre aquellas gentes. Segun ellos, nada habia que hacer por el momento; esperar, calmarse sobre todo, guardarse de los arranques y de las inconsecuencias juveniles. «Mirad á nuestro Señor... ¡qué ejemplo nos dá!» Y estos consejos de prudencia, de moderacion, sentaban bien con aquellos viejos hoteles del *Faubourg* algodonados de yedra; sordos al movimiento de la calle, cadarzados de *confort* y de pereza, detrás de sus mazizas puertas, abrumadas al peso de los siglos y de las tradiciones. Le invitaron por cortesía á dos ó tres reuniones políticas que se verificaban con gran misterio, con toda suerte de temores y de precauciones, en el fondo de estos viejos nidos de rencillas. Vió allí los grandes nombres de las guerras de la *Vendée*, y de los fusilamientos de Quiberon, todo el vocablo fúnebre inscrito en el *Campo de los mártires*, llevados por buenos señores, viejos y casi calvos, envueltos en telas finas como preladados, con la palabra melosa, siempre embreada en alguna yuyuba.

Llegaban con aspecto de conspiradores, teniendo todos la pretension de ser espíados por la policía, la cual en verdad se distraía mucho con esas citas platónicas. Instalado el wist bajo la luz discreta de las altas bujías de las claraboyas, con los cráneos inclinados, luciendo como las fichas, si alguno daba noticias de Frohsdorf, admirábase la inalterable paciencia de los desterrados, animándose para imitarle. Muy bajo, á la callanda, se repetía el último equívoco de M. de Barentin sobre la emperatriz, y se tartamudeaba solapadamente una cancioncilla: *Cuando Napoleon, dándoos de correazos, haya muy bien azotado vuestras espaldas...* Luego, espantados de su audacia los conspiradores, se escurrian uno á uno, rozando los muros de la calle de Varrenne, ancha y desierta, la cual les devolvía el ruido de sus pasos.

Eliseo comprendió bien que era demasiado jóven, demasiado

activo, para estos desenterrados de la antigua Francia. Por otra parte, nadábase entonces en plena epopeya imperial y el regreso de las guerras de Italia paseaba por los boulevares bandadas de águilas victoriosas bajo las ventanas empavesadas. El hijo del burgués no tardó mucho en comprender que la opinion del cercado del Rey no estaba universalmente admitida, y que la vuelta del rey legítimo sería más tardía de lo que se pensaba allá. Su realismo no se gastó por esto, sino que se elevó, se ensanchó en la idea, puesto que en la accion no era posible. Imaginó escribir un libro, lanzar sus convicciones, sus creencias, lo que tenia necesidad de decir y de difundir, al gran París, á quien él hubiera querido convencer. Su plan fué de seguida resuelto: ganar la vida diaria dando lecciones, y halladas estas pronto, escribir un libro en los intervalos, lo cual pedia ya mucho más tiempo.

Como todos los de su país, Eliseo Meraut era sobre todo un hombre de palabra y de accion. La idea llegaba á él de pié, al sonido de su voz, como el rayo atraído á las vibraciones de las campanas.

Nutrido de lecturas, de hechos, de constantes meditaciones, su pensamiento, que se escapaba de sus lábios en bullentes oleadas, las palabras arrastrando las palabras en una sonora elocuencia, salía lentamente, gota á gota, de su pluma, dimanado de un receptáculo demasiado vasto para esta filtracion mesurada, y para todas las finezas de la escritura. Hablar sus convicciones le aliviaba, puesto que no encontraba otro medio de desarrollo.

El habló en conferencias, y sobre todo habló en los cafés, aquellos cafés del barrio Latino que, en el París achantado del segundo imperio, cuando el libro y el periódico se callaban amordazados, ellos solos hicieron la oposicion.

Cada taberna tenia entónces su orador, su grande hombre. Decíase: «Pesquidoux del *Voltaire* es muy fuerte, pero Larninat del *Procopio* es todavía más fuerte que aquél.» De hecho, iba allí toda una juventud instruida, elocuente, con el alma ocu-

29895

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

pada en cosas elevadas, á renovar con mayor verbosidad las grandes discusiones políticas y filosóficas de las cervecerías de Boun y de Heidelberg.

En estas fraguas de ideas, furiosas y atronantes, en que se gritaba de firme, y se bebía más de firme aún, la vena singular de este gran gascon, siempre en su punto, que no fumaba, que se emborrachaba sin beber, aquella palabra imaginativa y brutal ejercitándose sobre convicciones tan pasadas de moda como los cestos y la pólvora, tan discordantes en el cuadro en que se expresaban como el gusto de un anticuario en medio de los artículos de París, todo esto conquistó bien pronto á Eliseo renombre y auditorio. A la hora en que el gas flamea, en los cafés atestados y gruñidores, cuando se le veía aparecer sobre el umbral con su largo talle desgarrado, sus ojos de miope un poco huraños, cuyo esfuerzo de vision parecía arrojar sus cabellos al viento, su sombrero echado atrás y siempre bajo el brazo algun libraco ó revista de donde salía un enorme corta-papel, levantábanse y gritaban: «¡Ya está aquí Meraut!» Y se apretaban para hacerle un gran lugar donde él pudiese jugar sus codos y gesticular con facilidad.

Primero, al entrar, estos gritos, esta acogida de la juventud, le exaltaban; luego el calor y la luz, esa luz de gas congestionante y embriagadora. Y sobre un asunto, otro, sobre el periódico del día, sobre el libro abierto bajo el Odeon al pasar, departía, discurría, sentado, de pie, dominando el café con su voz, atrayendo, agrupando á los oyentes con sus ademanes. Las partidas de dominó se detenían, los jugadores de billar del entre-suelo se inclinaban sobre la escalera con la pipa entre los dientes, y la ancha bola de marfil en la mano. Las vidrieras, las copas, los platillos, temblaban como al pasar un carruaje de postas, y la señora del mostrador decía con orgullo á todos los que entraban: «Entren ustedes pronto... tenemos aquí al señor Meraut...» ¡Ah! Pesquidox, Larminat, podían ser fuertes, pero Meraut los aplastaba á todos. Él llegó á ser el orador del barrio.

Esta gloria, que no habia buscado, le fué suficiente, por más que con ella se retrasó fatalmente. Tal fué la suerte de más de un Larminat en aquella época; hermosas fuerzas perdidas; motores ó palancas dejando partir con gran ruido un vapor inútil, por desórden, incuria ó mala direccion del volante conductor. En Eliseo, hubo, además, otra cosa: sin intrigas, sin ambicion, este meridional, que no habia tomado de su país más que la fogosidad, se consideraba como el misionero de su fe; y manifestaba bien, con efecto, del misionero el proselitismo infatigable, la naturaleza independiente y vigorosa, el desinterés que toma á barato lo casual, lo inesperado de una vida librada aún á los más duros azares de la vocacion.

Ciertamente, trascurridos diez y ocho años desde cuando lanzaba sus ideas en germen, al París de la juventud, más de uno, ahora tomándolo desde muy alto, diría con desdén: «¡Ah! sí, Meraut... un estudianton!» hubiera considerado por la mejor de sus glorias á aquellos zoquetes, descuidadamente dispersados por todos los extremos de la mesa, en donde este singular maneebo se ensayaba. Eliseo lo sabia, y cuando encontraba bajo la casaca verde con palmas bordadas de un gran señor literato, alguna de sus quimeras reducidas á la razon en una hermosa frase académica, se encontraba feliz, con la felicidad desinteresada de un padre que vé casadas y ricas á las hijas de su corazón, sin tener ningun derecho á su ternura. Era la abnegacion caballeresca del viejo tejedor del cercado de Rey, con mayor amplitud aún, puesto que la confianza en el éxito le faltaba; esa confianza indestructible que el bravo Meraut, padre, guardó hasta su postrer aliento. La víspera misma de su muerte,—pues que murió casi súbitamente de una insolacion despues de una de sus comidas al *buen aire libre*,—cantaba el viejo á plena voz: «¡Viva Enrique IV!» Próximo á morir, nublados los ojos, y pesada la lengua, decía aún á su esposa: «Tranquilo por los hijos... Duque de Athis... Tomada buena nota...» Y con sus manos moribundas, probaba á hacer: «cra... cra...» sobre las ropas del lecho.

Cuando Eliseo, prevenido demasiado tarde de esta desgracia fulminante, llegó por la mañana de París, su padre yacía tendido, con las manos en cruz, inmóvil y pálido, con la cabecera en la pared, esperando aún sus cortinajes nuevos. Por la puerta del obrador, dejada abierta para el paso de la muerte, que descarta, desliga y aleja todo alrededor de ella, veíanse los telares parados; el del padre, abandonado, semejante á la arboladura envarada de un navío, donde no soplara ya el viento; despues, el retrato del rey y el sello rojo, que habian presidido á esta vida de trabajo y de fidelidad, y en lo alto, en todo lo alto del cercado de Rey, escalonados y zumbantes sobre su pendiente, los viejos molinos, siempre de pié, levantando sus aspas en lo claro del cielo, con señales de desesperacion. No olvidó jamás Eliseo el espectáculo de esta muerte serena, cogiendo al trabajador en su propia casa, y cerrándole las pupilas sobre el horizonte de costumbre.

Él quedó tocado de envidia, él, que se sentia presa de los sueños y de las aventuras, y que encarnaba todas las ilusiones quiméricas de aquel buen anciano, dormido allí.

Al regresar de este triste viaje, fué cuando se le propuso la plaza de preceptor en la córte de X... Su ruptura fué tan viva; las pequenezes, las competencias, las calumnias envidiosas, en las cuales se habia visto ingerido; el gran decoro de la monarquía, mirado desde muy cerca, le habia tan fuertemente entristecido, que, á pesar de su admiracion por el rey de Iliria, una vez partidos los monjes, calmada la primera fiebre de su arrebatamiento, sintió haberse decidido demasiado deprisa. Todos sus enredos de allá, se le aparecieron: el sacrificio de su libertad, de sus costumbres; luégo, su libro, aquel famoso libro, siempre murmurando en su cabeza... En breve, despues de largos debates consigo mismo, se resolvió negativamente, y la víspera de Noche-buena, muy próxima á la entrevista, escribió al padre Melchor, para participarle su decision. El monje no protestó. Contentóse con responder:

«Esta noche, en la calle de los Hornos, en los oficios nocturnos... Espero que le convenceré aún...»

El convento de franciscanos de la calle de los Hornos, donde el padre Melchor ejercia las funciones de ecónomo, es uno de los rincones más curiosos, más desconocidos del París católico. Esta casa, madre de una órden célebre, ocultada misteriosamente en el arrabal sórdido que bulle detrás de la estacion *Montparnasse*, se intitula así: «Comisaría del Santo-Sepulcro.» Allí es donde los monjes de trajes exóticos, mezclando sus hábitos andariegos con las negras miserias del barrio, depositan,—para el comercio de reliquias,—los trozos de la verdadera cruz; los rosarios de huesos de aceituna del huerto de las Olivas; las rosas de Jericó, áridas y leñosas, esperando una gota de agua bendita; toda una pacotilla milagrera, cambiada en las anchas faldriqueras invisibles de las cogullas por hermosa plata, pesada y muda, que se dirige en seguida á Jerusalem para el sostenimiento de la sagrada tumba. Eliseo habia sido conducido á la calle de los Hornos por un escultor amigo suyo: un pobre artista de cámara, nombrado Dreux, que acababa de hacer para el convento una Santa Margarita de Osuna, y llevaba el mayor número de gente posible delante de su estatua. El lugar era tan curioso, tan pintoresco; adulaba tanto las convicciones del meridional, relacionándolas,—para salvarlas de la lucidez moderna,—con el más lejano de los siglos y de los países de tradicion, que volvió despues con frecuencia, uniéndose á la gran alegría del amigo Dreux, enorgullecido con el éxito de su Margarita.

La noche de la cita tocaba ya á su mitad, cuando Eliseo Meraut dejó las calles grunidoras del barrio Latino, donde las calientes pastelerías; las salchicherías, adornadas de cintas; las tiendas de vituallas, abiertas; las cervecerías de mujeres; las casas de huéspedes de estudiantes; todos los despachos de ciruelas de la calle Racine y del *Boul Mich*, reunian hasta por la mañana todo el olor y el relumbramiento de una francachela universal. Sin transición, cayó en la tristeza de las avenidas de-

siertas, en que el transeunte, achicada su sombra por el reflejo del gas, parece, más que marchar, arrastrarse. El campaneo tembloroso de las comunidades sonaba por cima de sus muros, atravesados por esqueletos de árboles; ruidos y calores de paja removida, de establos en sueño, salían de los grandes patios cercados de los vaqueros ó cabreros; y en tanto que la ancha calle guardaba la nieve caída durante el día, alburas vagas y pisoteadas, allá arriba, en las estrellas aguzadas por el frío, el hijo del burgués, marchando en plenos sueños de ardor creyente, imaginábase reconocer aquella que guió los reyes á Belén. Mirando á esta estrella, se acordaba de las Navidades de otros tiempos; las inocentes Navidades de su infancia, celebradas en la catedral, y su vuelta por las calles fantásticas del barrio de las Carnicerías, cortadas por los tejados y la luna, hacía la mesa familiar del cercado de Rey, donde le aguardaba el refrigerio de media noche; las tres bujías tradicionales sobre el verde acebo, picado de color de escarlata; los *estevenons* (panecillos de Navidad), oliendo bien su pasta caliente, y los torreznos fritos. Envolviase con tanto gusto en estos recuerdos de familia, que la linterna de un trapero, brujuleando sobre las aceras, parecía la que balanceaba el padre Meraut marchando á la cabeza de toda la tropa al volver de la misa del gallo.

¡Ahl! ¡Pobre padre, que no volvería á ver más!...

Y mientras por lo bajo hablaba del pasado con aquellas sombras queridas, llegaba Eliseo á la calle de los Hornos, un arrabal apenas construido, iluminado por solo un reverbero, con largas fábricas de forja sobremontadas por rectas chimeneas, empalizadas de tablones, muros hechos con materiales de demoliciones. El viento soplaba con violencia sobre los grandes llanos del distrito. De un matadero cercano salían lastimosos aullidos, sordos golpes, un olor repugnante de sangre y de grasa; allí es donde se degüellan los cerdos sacrificados á la Navidad, como en las fiestas de algunos Teutates.

El convento, situado á la mitad de la calle, tenía su ancho

portal abierto, y en su patio dos ó tres carruajes, cuyos suntuosos arneses admiraron á Meraut. Ya habían comenzado los oficios: bufidos de órganos y cantos salían de la iglesia, desierta no obstante y extinguida, con sólo la débil luz de las lamparillas del altar, y los pálidos reflejos de una noche de nieve, sobre la fantasmagoría de las vidrieras. Era una nave casi redonda, ornada con grandes estandartes de Jerusalem con su cruz roja que pendían á lo largo de los muros, con estatuas pintadas un poco bárbaras, en medio de las cuales la Margarita de Osuna, en mármol puro, azotaba despiadadamente sus blancas espaldas, porque, como decían los monjes con cierta coquetería: «Margarita fué una gran pecadora de nuestra orden.» El techo, de madera pintada, cruzado de pequeños potros; el altar mayor, bajo una especie de dosel, sostenido por columnas; el coro en rotonda, cubierto de sillas vacías, con un rayo de luna sobre la página abierta del canto-llano, dejándose adivinar y distinguirse todo; mas, por una ancha escalera, oculta bajo el coro, descendíase á la iglesia subterránea, donde,—quizá recordando las Catacumbas,—el oficio religioso se celebraba.

En lo más hondo de la cueva, sobre la mampostería blanca, soportada por enormes pilares romanos, estaba reproducida la tumba del Cristo de Jerusalem, con su puerta baja, su estrecha cripta, iluminada por multitud de lamparitas sepulcrales, guiando,—desde el fondo de sus alvéolos de piedra,—al Cristo de cera tenida, de tamaño natural, con sus llagas sangrando un rosa vivo, en la abertura del sudario. Al extremo opuesto de la cueva, como por singular antítesis, resumiendo toda la epopeya cristiana, se levantaba una de esas reproducciones infantiles del Nacimiento, en que el pesebre, los animales, el niño, con guirnaldas de dulces colores, y las yerbas de papel rizado, son sacados todos los años de la caja de las leyendas, tales como saldrían en otros tiempos,—peor tallados, sin duda, pero más grandes,—del cerebro de un iluminado.

Como entónces, un rebaño de muchachos y de viejos, ávidos

de ternura y de lo maravilloso, y de esos pobres que amaba Jesús, se apiñaba en torno del pesebre, y entre ellos, lo que sorprendió á Eliseo fué, en la primera línea de estos humildes fieles, dos hombres de porte mundano, dos mujeres elegantes en traje sencillo, arrodilladas profundamente sobre las losas, sosteniendo una de ellas á un niño que envolvía en sus brazos cruzados con un gesto de proteccion y de súplica:

—¡Son reinas!—le dijo por lo bajo una vieja, jadeante de admiracion.

Extremecióse Eliseo á estas palabras, y habiéndose aproximado despues, reconoció el perfil fino, la andadura aristocrática de Christian de Iliria, y cerca de él, la cabeza morena, huesosa, la frente aún jóven y despejada del rey de Palermo. De las dos mujeres no se veia mas que unos cabellos negros y otros aleonados, y esa actitud de madre apasionada. ¡Ah! ¡qué bien conocia á Meraut el sagaz sacerdote que habia, por decirlo así, puesto en escena la entrevista del jóven príncipe y de su futuro director. Estos reyes desposeidos, viniendo á rendir su homenaje al Dios que para recibirlos parecia ocultarse, él tambien en esta cripta, esta mezcla de un trono caido y un culto agonizante, la triste estrella del destierro guiando hácia un Belen de arrabal á estos pobres magos postrados, sin cortejo y con las manos vacías, todo esto le hinchaba el corazon. El niño, el niño sobre todo, tan enternecedor con su manecita inclinada hácia los animales del pesebre, la curiosidad de su edad templada por una reserva sufrida... Y delante de esta frente de seis años, donde el porvenir se encerraba ya como la mariposa en su blanco capullo, Eliseo pensaba cuánta ciencia, cuán tiernos cuidados serian necesarios para hacerle brillar esplendorosamente.

III

La córte en Saint Mandé.

Lo provisional del *Hotel de las Pirámides* habia durado seis meses, con las maletas apenas deshechas, los sacos sin abrir, y el desórden y la incertidumbre de un campamento. Todos los días llegaban excelentes noticias de Iliria. Desprovista de raíces, sobre un suelo nuevo, donde no tenia pasado ni héroes, la República no prendia. El pueblo se cansaba y echaba de ménos á sus príncipes; cálculos de una certeza infalible acababan de decir á los desterrados: «Estad prontos... Será mañana...» No se clavaba un clavo en las habitaciones, no se cambiaba de lugar un solo mueble sin esta exclamacion de esperanza: «¡No merece la pena!» No obstante, el destierro se prolongaba, y la reina no tardó en comprender que esta estancia en el hotel en medio de un torbellino de extranjeros, en un tránsito de pájaros peregrinantes de todas plumas, llegaria á ser contraria á la dignidad de su rango. Levantóse la tienda, se compró una casa y se verificó la instalacion. De nómada el destierro se hizo sedentario.

El lugar fué Saint-Mandé, sobre la avenida Daumesnil, en lo alto de la calle Herbillon, en esta parte que costea el bosque, bordada de construciones elegantes, de rejas coquetas, que